

AL FINAL DEL CAMINO

Autora: Esther San Juan – 11 años

Era una noche oscura para Maisha, una pequeña y curiosa niña que vivía en una aldea masai de Tanzania. La luz azul grisácea de la luna, hacía que su sombra le hiciera compañía en aquel sendero de barro y peñas.

En el camino, sus diminutos y descalzos pies tropezaban con las frías piedras. Consigo llevaba su muñeca de trapo, recuerdo de su madre, Nohala. La apretaba contra su pecho para sentir ese dulce cariño que seguro echaría de menos. Maisha añoraría cuando iban juntas a por agua o cuando ordeñaba las cabras.

La noche ciega le hizo tropezar, cayendo de rodillas. Entre lágrimas recordó la imagen de su maestra felicitándole por la beca que había conseguido. Viviría en el colegio estudiando secundaria, durmiendo y comiendo con otras niñas... ¡Se había esforzado tanto! Se incorporó sacudiéndose las rodillas de polvo y hierbas. Pensó en sus padres. Había corrido tan deprisa desde la escuela que adelantó a los muchachos de la aldea a pesar de su tamaño. Su madre recibió la noticia ilusionada. Su padre gritó enojado “Se acabó la escuela. La anciana llegará en unos días y la prepararán como a las demás niñas. Su futuro esposo nos dará por ella al menos cinco vacas. Tiene que casarse”. Su “dimi” se había celebrado el año anterior, aunque su madre y ella se habían negado. A ninguna de las dos les parecía necesaria aquella brutal tradición, que según los ancianos era imprescindible y avergonzarían a la familia si no la hicieran.

Ya agotada de aquel duro camino, se dejó caer. Sus pies pesaban como dos sacos de arena mojada. En aquel momento pensó en su hermana Nala, dos años mayor que ella. Recordaba como lloraba y gritaba de miedo y de absurdo dolor, cuando llamaron a aquella anciana, para que la preparara para su paso a mujer. Su madre fue incapaz de detener aquella locura. Juró que no dejaría que Maisha pasara por lo mismo. Nala estuvo muy enferma durante días, recostada y sin poder trabajar.

Aún con el corazón encogido se levantó y continuó su camino. Pero estaba tan cansada que la más minúscula piedra la hizo perder el equilibrio. Había sido tan angustiada la despedida con su madre que aún sentía el sabor salado de sus lágrimas fundidas con las lágrimas de su madre. Le había mandado seguir el sendero hasta el refugio para niñas de Mugumu. Allí la ayudarían a tener un futuro y un oficio. Solo la educación acabaría con la pobreza. Le aconsejó que fuera fuerte y que no tuviera miedo.

A lo lejos vio una luz. Le pareció cálida y acogedora, y le dio fuerzas para levantarse y llegar hasta ella. Había sido muy duro el viaje. Se sentía satisfecha de haber llegado a aquel lugar y confiaba en que allí la aceptarían. Frente a aquella enorme puerta azul sintió que una nueva vida comenzaba para ella en ese mismo instante. Llamó tímidamente y la puerta se abrió muy despacio mostrando a una mujer con una enorme sonrisa que dijo:

-“Karibu”. (Bienvenida)